



Historias de vocación

Charnito D. Tano, CMF

El amor de Dios nunca termina

Mi nombre es Charnito D. Tano, CMF. Soy un hermano recién profeso y actualmente seminarista en mi primer año de teología. Después de un largo camino de discernimiento, me gustaría compartir con ustedes la historia de mi vocación y mi reflexión sobre cómo respondí al llamado de Dios.

Nací en una familia católica sencilla, donde la fe formaba parte de nuestra vida cotidiana. Mis padres y abuelos me enseñaron a rezar y me llevaban sin falta a la misa dominical en nuestra pequeña capilla. Al crecer, nunca imaginé que algún día consideraría la vocación religiosa. Sin embargo, creo que Dios ya estaba sembrando entonces las semillas de mi vocación. De niño, admiraba a nuestro párroco, siempre presente en las celebraciones de las fiestas de la comunidad. Su alegre servicio me inspiraba, aunque pensaba: «Este tipo de vida no es para mí». Nunca imaginé que llegaría a ser sacerdote.

Durante la adolescencia me centré en los estudios, las amistades y los sueños de una futura carrera profesional. Quería ser policía, soldado o un profesional de éxito. Pero, en medio de esas ambiciones, a menudo sentía un vacío que ninguno de mis planes podía llenar. Tras terminar la preparatoria, hice un curso profesional. Al mismo tiempo, me involucré en la parroquia a través de actividades juveniles y me uní al coro. Fue entonces cuando me reencontré con un antiguo compañero de mi equipo de fútbol. Me presentó su congregación y, en nuestras conversaciones, me habló de la vida en el seminario y de su misión. Nunca imaginé que, a través de ese encuentro, Dios me abriría un nuevo camino. Aquella simple presentación me dio una base y una apertura a la vida religiosa. Fue el comienzo de descubrir que Dios me había estado llamando todo el tiempo.

Primero ingresé en una comunidad religiosa que me presentó mi tía. Sin embargo, solo permanecí allí una semana, casi como unas cortas vacaciones. En mi interior sentía que no podría sostener ese tipo de vida, porque todavía estaba atrapado por muchas atracciones mundanas. Con esta lucha, decidí continuar mi licenciatura. Estudié mercadotecnia en la universidad local. Mis días se llenaban de estudios, servicio en la parroquia como organista y miembro del coro, y de tocar en una banda local los sábados por la noche para ayudar a costear mis estudios y mis necesidades diarias. Esto se hizo aún más necesario después de que mi padre falleciera durante mi primer año de universidad. Sin embargo, mi vida académica era difícil y me sentía miserable. Incluso me involucré en relaciones con chicas, olvidando la llamada del Señor que una vez había sentido.

Aun así, había momentos en que experimentaba un vacío en el corazón, una inquietud que me empujaba a buscar silencio ante Dios. Durante mi segundo año de universidad volví a pensar en entrar en la vida religiosa, esta vez a través de la congregación de un pariente sacerdote. Pero él me aconsejó terminar primero la carrera. En ese momento perdí el valor y la esperanza. Me

preocupaban demasiadas cosas: estudiar, vender productos de belleza, tocar en un bar-restaurante y servir en la parroquia en funerales y bodas como organista y cantante.

Por la gracia de Dios, terminé la carrera universitaria. Después de graduarme, intenté encontrar trabajo; solicité ingresar en el ejército y en puestos de oficina, pero sentía que nada de eso era para mí. Un día, el párroco me animó a ingresar en el seminario diocesano. Me negué porque, en el fondo, me atraía más la vida religiosa que la vía diocesana. Pero como ya había perdido el interés y tenía una relación sentimental, no lo perseguí. Al mismo tiempo, no podía dejar a mis padres, que estaban enfermos. Finalmente decidí acompañar a mi novia en su negocio en una zona minera. Vivimos allí alrededor de un año y algunos meses. Incluso entonces, seguí sirviendo en una pequeña capilla: llevaba mi guitarra y mi cancionero, cruzaba ríos y colinas para dirigir las oraciones y rezar el rosario con la comunidad. En ese momento ya no pensaba en entrar al seminario. Mi único deseo era sentar cabeza y casarme.

Durante los cinco años siguientes trabajé en diferentes ámbitos: como personal de parroquia, responsable de una cadena de comida rápida, asistente en la zona minera e incluso en negocios y comercio en línea. Entonces mi vida cambió inesperadamente. Mi madre falleció y, al mismo tiempo, mi relación terminó. Estas tragedias y dificultades me rompieron el corazón, pero también me acercaron a la Iglesia y al Señor. En mi dolor, a menudo le preguntaba a Dios: «¿Por qué me pasa esto?». Sin embargo, incluso en el sufrimiento, buscaba la verdad y suplicaba consuelo. Hubo momentos en que lloraba mientras trabajaba en el área minera, pidiendo su misericordia. Una cosa, no obstante, nunca abandoné: mi devoción a la Santísima Virgen María. Rezaba el rosario todos los días y me encomendaba a su cuidado maternal. Le decía: «Ya no tengo madre. Ahora tú eres mi Madre; guíame, por favor».

En un momento de discernimiento escuché un programa de radio católico que hablaba de vocación y vida religiosa. Me pregunté: «¿Y si Dios me está llamando?». Traté de alejar ese pensamiento diciendo: «Soy un pecador. No soy santo. Conozco mis fallos». Aun así, cada vez que servía en la misa sentía algo muy profundo en mi interior que no podía ignorar. Entonces empecé a discernir más seriamente, preguntándole al Señor si esa era realmente la vida que quería para mí. Con el paso de los meses decidí buscar una congregación religiosa, porque mi corazón se sentía atraído por la vida consagrada, especialmente por una comunidad con fuerte espíritu misionero. A través de Internet y Facebook descubrí distintas congregaciones, hasta que encontré a los Claretianos. No podía creer que fueran una congregación mariana, y me llenó de alegría comprender que la Santísima Virgen me había estado guiando todo el tiempo.

En la oración y en el discernimiento ante el Santísimo Sacramento sentí una paz profunda, como si Dios mismo me susurrara: «No temas. Estoy contigo». No era solo una voz: era una certeza en el corazón. Esa paz me dio el valor para dar el primer paso. Seguí su llamada, aunque me costó dejar el trabajo, la familia e incluso una nueva relación. A los 32 años, ya como joven profesional, me uní a los Misioneros Claretianos.

La vida en el seminario no fue fácil. Extrañaba a mi familia y, a veces, me preguntaba si había tomado la decisión correcta. Pero, a medida que crecía en la vida comunitaria, en los estudios y, sobre todo,

en la oración, fui descubriendo una libertad más honda. Poco a poco, Dios fue moldeando mi corazón, enseñándome humildad, confianza y perseverancia. Y, a través de todo ello, sentí el amor de mi Madre María, que no me abandonó en los momentos difíciles. Hoy puedo llamarme verdaderamente hijo del Inmaculado Corazón de María.

Ahora continúo este camino de formación. Como claretiano recién profesado, he hecho los votos de castidad, pobreza y obediencia, comprometiéndome a no dar marcha atrás. Hay dificultades cada día, pero también un inmenso gozo en servir a Dios y a su pueblo. Soy testigo de cómo Dios utiliza incluso mis debilidades para su gloria, ya sea en la enseñanza, en el apostolado parroquial, en la vida comunitaria o en la defensa de mi fe católica.

Mirando atrás, me doy cuenta de que la vocación no tiene que ver con la perfección, sino con la disponibilidad. Dios nos llama de manera ordinaria —a través de la familia, la oración, las circunstancias y el servicio— y espera pacientemente nuestro «sí». Mi historia aún se está escribiendo, pero sé que, dondequiera que Él me lleve, mi vida le pertenece. Rezo para que otros, especialmente los jóvenes y los jóvenes profesionales, también estén abiertos a escuchar y a confiar en la llamada de Dios para sus vidas. Estoy convencido de que el amor de Dios nunca termina, a pesar de nuestra pecaminosidad; más bien, Él susurra a nuestros corazones: «No temáis. Yo estoy con vosotros. Sois míos».

Quezon City, Filipinas.

Agosto 2025.

EN

Vocation stories

Charito D. Tano, CMF

God's love never ends

My name is Charnito D. Tano, CMF. I am a newly professed brother and currently a seminarian in my first year of theology. After a long journey of discernment, I would like to share with you the story of my vocation and my reflection on how I responded to God's call.

I was born into a simple Catholic family, where faith was part of our daily life. My parents and grandparents taught me to pray and took me to Sunday Mass in our little chapel without fail. Growing up, I never imagined that I would one day consider a religious vocation. However, I believe that God was already sowing the seeds of my vocation then. As a child, I admired our parish priest, always present at the community's feast day celebrations. His joyful service inspired me, even though I thought: "This kind of life is not for me". I never imagined I would become a priest.

As a teenager, I focused on studies, friendships and dreams of a future career. I wanted to be a policeman, a soldier or a successful professional. But in the midst of these ambitions, I often felt a

void that none of my plans could fill. After finishing high school, I took a vocational course. At the same time, I got involved in the parish through youth activities and joined the choir. It was then that I met up with an old teammate from my football team. He introduced me to his congregation and, in our conversations, he told me about seminary life and his mission. I never imagined that, through that encounter, God would open a new path for me. That simple presentation gave me a foundation and an openness to religious life. It was the beginning of discovering that God had been calling me all along.

I first joined a religious community introduced to me by my aunt. However, I only stayed there for a week, almost like a short holiday. Inside I felt that I could not sustain that kind of life, because I was still trapped by many worldly attractions. With this struggle, I decided to continue my degree. I studied marketing at the local university. My days were filled with studying, serving in the parish as an organist and choir member, and playing in a local band on Saturday nights to help pay for my studies and daily needs. This became even more necessary after my father passed away during my first year of university. However, my academic life was difficult and I was miserable. I even got involved in relationships with girls, forgetting the call of the Lord that I had once felt.

Still, there were times when I experienced an emptiness in my heart, a restlessness that pushed me to seek silence before God. During my second year of university I again thought about entering religious life, this time through the congregation of a priest relative. But he advised me to finish my degree first. At that point I lost courage and hope. I was preoccupied with too many things: studying, selling beauty products, playing in a bar-restaurant and serving in the parish at funerals and weddings as an organist and singer.

By the grace of God, I finished my university degree. After graduating, I tried to find work; I applied for the army and clerical jobs, but I felt that none of these were for me. One day, the parish priest encouraged me to join the diocesan seminary. I refused because, deep down, I was more attracted to religious life than the diocesan route. But as I had already lost interest and was in a romantic relationship, I didn't pursue it. At the same time, I could not leave my parents, who were ill. Finally I decided to accompany my girlfriend to her business in a mining area. We lived there for about a year and some months. Even then, I continued to serve in a small chapel: I carried my guitar and songbook, crossed rivers and hills to lead prayers and pray the rosary with the community. At that time I was no longer thinking of entering the seminary. My only desire was to settle down and get married.

For the next five years I worked in different capacities: as parish staff, manager of a fast food chain, assistant in the mining area and even in business and e-commerce. Then my life changed unexpectedly. My mother passed away and, at the same time, my relationship ended. These tragedies and hardships broke my heart, but they also brought me closer to the Church and to the Lord. In my grief, I often asked God: "Why is this happening to me? Yet even in suffering, I sought the truth and pleaded for comfort. There were times when I would cry while working in the mining area, asking for His mercy. One thing, however, I never gave up: my devotion to the Blessed Virgin Mary. I prayed the rosary every day and entrusted myself to her maternal care. I would say to her: "I no longer have a mother. Now you are my Mother; please guide me".

In a moment of discernment I listened to a Catholic radio programme talking about vocation and religious life. I asked myself: "What if God is calling me? I tried to push that thought away by saying, "I am a sinner. I am not a saint. I know my faults. Still, every time I served Mass I felt something deep inside me that I couldn't ignore. Then I began to discern more seriously, asking the Lord if this was really the life he wanted for me. As the months went by, I decided to look for a religious congregation, because my heart was drawn to the consecrated life, especially to a community with a strong missionary spirit. Through the Internet and Facebook I discovered different congregations, until I found the Claretians. I could not believe that they were a Marian congregation, and it filled me with joy to realise that the Blessed Virgin had been guiding me all the time.

In prayer and discernment before the Blessed Sacrament I felt a deep peace, as if God Himself was whispering to me: "Do not be afraid. I am with you. It was not just a voice: it was a certainty in my heart. That peace gave me the courage to take the first step. I followed his call, even though it was hard to leave my job, my family and even a new relationship. At the age of 32, already a young professional, I joined the Claretian Missionaries.

Life in the seminary was not easy. I missed my family and sometimes wondered if I had made the right decision. But as I grew in community life, in studies and, above all, in prayer, I discovered a deeper freedom. Little by little, God shaped my heart, teaching me humility, trust and perseverance. And through it all, I felt the love of my Mother Mary, who did not abandon me in difficult moments. Today I can truly call myself a child of the Immaculate Heart of Mary.

Now I continue this journey of formation. As a newly professed Claretian, I have taken the vows of chastity, poverty and obedience, committing myself not to turn back. There are difficulties every day, but also an immense joy in serving God and his people. I witness how God uses even my weaknesses for his glory, whether in teaching, in the parish apostolate, in community life or in defending my Catholic faith.

Looking back, I realise that vocation is not about perfection, but about availability. God calls us in ordinary ways - through family, prayer, circumstances and service - and waits patiently for our "yes". My story is still being written, but I know that wherever He leads me, my life belongs to Him. I pray that others, especially youth and young professionals, will also be open to hear and trust God's call on their lives. I am convinced that God's love never ends, despite our sinfulness; rather, He whispers to our hearts, "Do not be afraid. I am with you. You are mine.

Quezon City, Philippines.

August 2025.

FR

Histoires de vocation

Charito D. Tano, CMF

L'amour de Dieu ne finit jamais

Je m'appelle Charnito D. Tano, CMF. Je suis un jeune missionnaire ayant à peine professé et actuellement je suis à ma première année de formation théologique. Après un long cheminement de discernement, j'aimerais partager avec vous l'histoire de ma vocation et ma réflexion sur la manière dont j'ai répondu à l'appel de Dieu.

Je suis né dans une famille catholique modeste, où la foi faisait partie de notre vie quotidienne. Mes parents et mes grands-parents m'ont appris à prier et m'emmenaient sans faute à la messe dominicale dans notre petite chapelle. En grandissant, je n'aurais jamais imaginé qu'un jour j'envisagerais la vocation religieuse. Cependant, je crois que Dieu semait déjà à l'époque les graines de ma vocation. Enfant, j'admirais notre curé, toujours présent lors des célébrations des fêtes de la communauté. Son service joyeux m'inspirait, même si je pensais : « Ce genre de vie n'est pas pour moi ». Je n'aurais jamais imaginé embrasser la vocation religieuse et sacerdotale.

Pendant mon adolescence, je me suis concentré sur mes études, mes amis et mes rêves d'une future carrière professionnelle. Je voulais être policier, soldat ou un professionnel accompli. Mais, au milieu de ces ambitions, je ressentais souvent un vide qu'aucun de mes projets ne pouvait combler. Après avoir terminé le lycée, j'ai suivi une formation professionnelle. En parallèle, je me suis impliqué dans la paroisse à travers des activités pour les jeunes et j'ai rejoint la chorale. C'est alors que j'ai retrouvé un ancien coéquipier de football. Il m'a présenté sa congrégation et, au cours de nos conversations, il m'a parlé de la vie au séminaire et de sa mission. Je n'aurais jamais imaginé que, grâce à cette rencontre, Dieu m'ouvrirait une nouvelle voie. Cette simple présentation m'a donné une base et m'a ouvert à la vie religieuse. Je découvrais que Dieu m'avait appelé tout ce temps.

Je suis d'abord entré dans une communauté religieuse que m'avait présentée ma tante. Cependant, je n'y suis resté qu'une semaine, un peu comme de courtes vacances. Au fond de moi, je sentais que je ne pourrais pas mener ce genre de vie, car j'étais encore prisonnier de nombreuses attractions mondaines. Confronté à ce dilemme, j'ai décidé de poursuivre mes études. J'ai étudié le marketing à l'université locale. Mes journées étaient remplies par les études, le service à la paroisse en tant qu'organiste et membre de la chorale, et le fait de jouer dans un groupe local le samedi soir pour aider à financer mes études et mes besoins quotidiens. Cela est devenu encore plus nécessaire après le décès de mon père pendant ma première année d'université. Cependant, ma vie universitaire était difficile et je me sentais malheureux. Je me suis même engagé dans des relations avec des filles, oubliant l'appel du Seigneur que j'avais autrefois ressenti.

Malgré tout, il y avait des moments où je ressentais un vide dans mon cœur, une inquiétude qui me poussait à rechercher le silence devant Dieu. Au cours de ma deuxième année d'université, j'ai de nouveau envisagé entrer dans la vie religieuse, cette fois-ci par l'intermédiaire de la congrégation d'un parent prêtre. Mais il m'a conseillé de terminer d'abord mes études. À ce moment-là, j'ai perdu courage et espoir. Trop de choses me préoccupaient : étudier, vendre des produits de beauté, jouer dans un bar-restaurant et servir dans la paroisse lors des funérailles et des mariages en tant qu'organiste et chanteur.

Par la grâce de Dieu, j'ai terminé mes études universitaires. Après avoir obtenu mon diplôme, j'ai essayé de trouver un emploi ; j'ai postulé pour entrer dans l'armée et pour des postes de bureau, mais je sentais que rien de tout cela n'était fait pour moi. Un jour, le curé m'a encouragé à entrer au séminaire diocésain. J'ai refusé parce qu'au fond, la vie religieuse m'attirait plus que la voie diocésaine. Mais comme j'avais déjà perdu tout intérêt et que j'avais une relation amoureuse, je n'ai pas donné suite. En même temps, je ne pouvais pas quitter mes parents, qui étaient malades. J'ai finalement décidé d'accompagner ma petite amie dans son entreprise dans une région minière. Nous avons vécu là-bas pendant environ un an et quelques mois. Même à cette époque, j'ai continué à servir dans une petite chapelle : j'apportais ma guitare et mon recueil de chants, je traversais des rivières et des collines pour diriger les prières et réciter le rosaire avec la communauté. À ce moment-là, je ne pensais plus à entrer au séminaire. Mon seul désir était de m'installer et de me marier.

Au cours des cinq années suivantes, j'ai travaillé dans différents domaines : comme membre du personnel paroissial, responsable d'une chaîne de restauration rapide, assistant dans la région minière et même dans le commerce et le commerce en ligne. Puis ma vie a changé de manière inattendue. Ma mère est décédée et, au même moment, ma relation amoureuse a pris fin. Ces tragédies et ces difficultés m'ont brisé le cœur, mais elles m'ont aussi rapproché de l'Église et du Seigneur. Dans ma douleur, je demandais souvent à Dieu : « Pourquoi cela m'arrive-t-il ? ». Cependant, même dans la souffrance, je cherchais la vérité et implorais le réconfort. Il m'arrivait parfois de pleurer pendant que je travaillais dans la zone minière, implorant sa miséricorde. Il y a une chose cependant que je n'ai jamais abandonnée : ma dévotion à la Sainte Vierge Marie. Je priais le rosaire tous les jours et me confiais à sa protection maternelle. Je lui disais : « Je n'ai plus de mère. Maintenant, tu es ma Mère ; guide-moi, s'il te plaît ».

À un moment de discernement, j'ai entendu une émission de radio catholique qui parlait de vocation et de vie religieuse. Je me suis demandé : « Et si Dieu m'appelait ? ». J'ai essayé d'écarter cette pensée en me disant : « Je suis un pécheur. Je ne suis pas un saint. Je connais mes défauts ». Pourtant, chaque fois que je servais la messe, je ressentais quelque chose de très profond en moi que je ne pouvais ignorer. J'ai alors commencé à discerner plus sérieusement, en demandant au Seigneur si c'était vraiment la vie qu'il voulait pour moi. Au fil des mois, j'ai décidé de chercher une congrégation religieuse, car mon cœur était attiré par la vie consacrée, en particulier par une communauté à fort esprit missionnaire. Grâce à Internet et à Facebook, j'ai découvert différentes congrégations, jusqu'à ce que je trouve les Clarétains. Je n'arrivais pas à croire qu'il s'agissait d'une congrégation mariale, et j'ai été rempli de joie en comprenant que la Sainte Vierge m'avait guidé tout ce temps.

Dans la prière et le discernement devant le Saint-Sacrement, j'ai ressenti une paix profonde, comme si Dieu lui-même me murmurait : « N'aie pas peur. Je suis avec toi ». Ce n'était pas seulement une voix : c'était une certitude dans mon cœur. Cette paix m'a donné le courage de faire le premier pas. J'ai suivi son appel, même si cela m'a coûté de quitter mon travail, ma famille et même une nouvelle relation. À 32 ans, déjà jeune professionnel, j'ai rejoint les Missionnaires Clarétains.

La vie au séminaire et la vie au sein de la communauté formative n'a pas été facile. Ma famille me manquait et, parfois, je me demandais si j'avais pris la bonne décision. Mais, à mesure que je grandissais dans la vie communautaire, dans les études et, surtout, dans la prière, j'ai découvert une

liberté plus profonde. Peu à peu, Dieu a façonné mon cœur, m'enseignant l'humilité, la confiance et la persévérance. Et à travers tout cela, j'ai ressenti l'amour de ma Mère Marie, qui ne m'a pas abandonné dans les moments difficiles. Aujourd'hui, je peux vraiment me dire fils du Cœur Immaculé de Marie.

Je poursuis maintenant ce chemin de formation. En tant que clarétain nouvellement profès, j'ai fait vœu de chasteté, de pauvreté et d'obéissance, m'engageant à ne pas faire marche arrière. Il y a des difficultés chaque jour, mais aussi une immense joie à servir Dieu et son peuple. Je suis témoin de la façon dont Dieu utilise même mes faiblesses pour sa gloire, que ce soit dans l'enseignement, dans l'apostolat paroissial, dans la vie communautaire ou dans la défense de ma foi catholique.

Avec le recul, je me rends compte que la vocation n'a rien à voir avec la perfection, mais plutôt avec la disponibilité. Dieu nous appelle de manière ordinaire — à travers la famille, la prière, les circonstances et le service — et attend patiemment notre « oui ». Mon histoire est encore en cours d'écriture, mais je sais que, où qu'Il me mène, ma vie Lui appartient. Je prie pour que d'autres, en particulier les jeunes et les jeunes professionnels, soient également ouverts à l'écoute et à la confiance dans l'appel de Dieu pour leur vie. Je suis convaincu que l'amour de Dieu ne s'éteint jamais, malgré notre nature pécheresse ; au contraire, Il murmure à nos cœurs : « N'ayez pas peur. Je suis avec vous. Vous êtes à moi. »

Quezon City, Philippines.

Août 2025.

PT

Histórias de vocação

Charito D. Tano, CMF

O amor de Deus nunca acaba

Chamam-me Charnito D. Tano, CMF. Sou um jovem missionário recém-professo e atualmente estou a frequentar o meu primeiro ano de formação teológica. Depois de um longo caminho de discernimento, gostaria de partilhar com vocês a história da minha vocação e minha reflexão sobre como respondi ao chamado de Deus.

Nasci em uma família católica simples, onde a fé fazia parte da nossa vida cotidiana. Meus pais e avós me ensinaram a rezar e me levavam sem falta à missa dominical em nossa pequena capela. Ao crescer, nunca imaginei que um dia consideraria a vocação religiosa. No entanto, acredito que Deus já estava semeando as sementes da minha vocação naquela época. Quando criança, admirava nosso pároco, sempre presente nas celebrações das festas da comunidade. Seu serviço alegre me inspirava, embora eu pensasse: “Esse tipo de vida não é para mim”. Nunca imaginei que me tornaria padre.

Durante a adolescência, concentrei-me nos estudos, nas amizades e nos sonhos de uma futura carreira profissional. Queria ser policial, soldado ou um profissional de sucesso. Mas, em meio a

essas ambições, muitas vezes sentia um vazio que nenhum dos meus planos conseguia preencher. Depois de terminar o ensino médio, fiz um curso profissional. Ao mesmo tempo, envolvi-me na paróquia através de atividades juvenis e entrei para o grupo coral. Foi então que reencontrei um antigo companheiro do meu time de futebol. Ele me apresentou sua congregação e, em nossas conversas, me falou sobre a vida no seminário e sua missão. Nunca imaginei que, por meio desse encontro, Deus abriria um novo caminho para mim. Aquela simples apresentação me deu uma base e uma abertura para a vida religiosa. Foi o início da descoberta de que Deus estava me chamando o tempo todo.

Primeiro, entrei para uma comunidade religiosa que minha tia me apresentou. No entanto, fiquei lá apenas uma semana, quase como férias curtas. No meu íntimo, sentia que não conseguiria sustentar esse tipo de vida, porque ainda estava preso a muitas atrações mundanas. Com essa luta, decidi continuar meu curso superior. Estudei marketing na universidade local. Meus dias eram preenchidos com estudos, serviço na paróquia como organista e membro do coro, e tocando em uma banda local nas noites de sábado para ajudar a pagar meus estudos e minhas necessidades diárias. Isso se tornou ainda mais necessário depois que meu pai faleceu durante meu primeiro ano de faculdade. No entanto, minha vida acadêmica era difícil e eu me sentia infeliz. Eu até me envolvi em relacionamentos com garotas, esquecendo o chamado do Senhor que eu havia sentido uma vez.

Mesmo assim, havia momentos em que sentia um vazio no coração, uma inquietação que me levava a buscar o silêncio diante de Deus. Durante meu segundo ano na universidade, voltei a pensar em entrar na vida religiosa, desta vez através da congregação de um parente padre. Mas ele me aconselhou a terminar primeiro a faculdade. Naquele momento, perdi a coragem e a esperança. Eu me preocupava com muitas coisas: estudar, vender produtos de beleza, tocar em um bar-restaurant e servir na paróquia em funerais e casamentos como organista e cantor.

Pela graça de Deus, terminei a faculdade. Depois de me formar, tentei encontrar um emprego; me candidatei para entrar no exército e em cargos administrativos, mas sentia que nada disso era para mim. Um dia, o pároco me incentivou a entrar no seminário diocesano. Recusei porque, no fundo, me atraía mais a vida religiosa do que a via diocesana. Mas como já havia perdido o interesse e tinha um relacionamento amoroso, não persegui isso. Ao mesmo tempo, não podia deixar meus pais, que estavam doentes. Finalmente, decidi acompanhar minha namorada em seu negócio em uma área mineradora. Moramos lá, cerca de um ano e alguns meses. Mesmo assim, continuei servindo em uma pequena capela: levava meu violão e meu livro de canções, atravessava rios e colinas para conduzir as orações e rezar o rosário com a comunidade. Naquele momento, eu já não pensava mais em entrar no seminário. Meu único desejo era assentar e me casar.

Durante os cinco anos seguintes, trabalhei em diferentes áreas: como funcionário da paróquia, responsável por uma rede de fast food, assistente na zona mineira e até mesmo em negócios e comércio online. Então, minha vida mudou inesperadamente. Minha mãe faleceu e, ao mesmo tempo, meu relacionamento terminou. Essas tragédias e dificuldades partiram meu coração, mas também me aproximaram da Igreja e do Senhor. Em minha dor, muitas vezes perguntava a Deus: “Por que isso está acontecendo comigo?”. No entanto, mesmo no sofrimento, buscava a verdade e implorava por consolo. Houve momentos em que chorava enquanto trabalhava na área mineira,

implorando por Sua misericórdia. Uma coisa, no entanto, nunca abandonei: minha devoção à Santíssima Virgem Maria. Rezava o rosário todos os dias e me confiava aos Seus cuidados maternos. Eu dizia a Ela: “Não tenho mais mãe. Agora você é minha Mãe; guie-me, por favor”.

Num momento de discernimento, ouvi um programa de rádio católico que falava sobre vocação e vida religiosa. Perguntei-me: “E se Deus estiver me chamando?”. Tentei afastar esse pensamento dizendo: “Sou um pecador. Não sou santo. Conheço as minhas falhas”. Mesmo assim, cada vez que servia na missa, sentia algo muito profundo dentro de mim que não podia ignorar. Então comecei a discernir mais seriamente, perguntando ao Senhor se essa era realmente a vida que Ele queria para mim. Com o passar dos meses, decidi procurar uma congregação religiosa, porque o meu coração se sentia atraído pela vida consagrada, especialmente por uma comunidade com um forte espírito missionário. Através da Internet e do Facebook, descobri diferentes congregações, até encontrar os Claretianos. Não podia acreditar que fossem uma congregação mariana, e encheu-me de alegria compreender que a Santíssima Virgem me tinha estado a guiar o tempo todo.

Na oração e no discernimento diante do Santíssimo Sacramento, senti uma paz profunda, como se o próprio Deus me sussurrasse: “Não temas. Estou contigo”. Não era apenas uma voz: era uma certeza no coração. Essa paz me deu coragem para dar o primeiro passo. Segui o seu chamado, embora tenha sido difícil deixar o trabalho, a família e até mesmo um novo relacionamento. Aos 32 anos, já como jovem profissional, juntei-me aos Missionários Claretianos.

A vida na comunidade formativa não foi fácil. Sentia saudades da minha família e, às vezes, me perguntava se tinha tomado a decisão certa. Mas, à medida que crescia na vida comunitária, nos estudos e, acima de tudo, na oração, fui descobrindo uma liberdade mais profunda. Pouco a pouco, Deus foi moldando meu coração, ensinando-me humildade, confiança e perseverança. E, através de tudo isso, senti o amor de minha Mãe Maria, que não me abandonou nos momentos difíceis. Hoje posso me chamar verdadeiramente filho do Imaculado Coração de Maria.

Agora continuo este caminho de formação. Como claretiano recém-professo, fiz os votos de castidade, pobreza e obediência, comprometendo-me a não recuar. Há dificuldades todos os dias, mas também uma imensa alegria em servir a Deus e ao seu povo. Sou testemunha de como Deus usa até mesmo minhas fraquezas para sua glória, seja no ensino, no apostolado paroquial, na vida comunitária ou na defesa da minha fé católica.

Olhando para trás, percebo que a vocação não tem a ver com perfeição, mas com disponibilidade. Deus nos chama de maneira comum, através da família, da oração, das circunstâncias e do serviço e espera pacientemente pelo nosso “sim”. Minha história ainda está sendo escrita, mas sei que, onde quer que Ele me leve, minha vida Lhe pertence. Rezo para que outros, especialmente os jovens e os jovens profissionais, também estejam abertos a ouvir e a confiar no chamado de Deus para suas vidas. Estou convencido de que o amor de Deus nunca acaba, apesar de nossa pecaminosidade; pelo contrário, Ele sussurra em nossos corações: “Não temam. Eu estou com vocês. Vocês são meus”.

Quezon City (Filipinas)

Agosto de 2025.

